
La garganta del silencio

Una carta alemana de Samuel Beckett

Samuel Beckett escribió con radical virtuosismo en inglés y francés. Sabía suficiente alemán para asaltar el idioma de un modo un tanto azaroso y llegar por accidente a las frases disruptivas que en su propia lengua eran producto de la razón, "ese agotador trabajo forzado". En Beckett todo adquiría un modo propio; su misma fisonomía parecía responder a otra lógica (Max Frisch habló de la arquitectura de su rostro y Saul Bellow, de la forma voluntariosa en que le crecía el cabello). Su facilidad idiomática sólo contribuyó a reforzar su admiración por el silencio como la más alta de las bellas artes, y en los últimos años decidió callarse en sus muchos idiomas; no concedía entrevistas, apenas publicaba y pedía a los actores de sus obras que hablaran con voces tenues, muy tenues, "como resplandores lunares".

En 1937, en uno de sus frecuentes hartazgos del inglés, Beckett reflexionó en alemán sobre el lenguaje literario y su sombra luminosa, el silencio. La carta se publicó por primera vez en Alemania el 12 de enero de 1990, en el periódico Die Zeit.

82

Querido Axel Kann:

Muchas gracias por su carta. Llegó cuando estaba a punto de escribirle. Luego tuve que irme de viaje, como una versión masculina de la estampilla de Ringelnatz, aunque en circunstancias menos apasionantes.

Lo mejor del asunto es (se lo digo de inmediato y sin rodeos) que Ringelnatz no vale la pena. Seguramente no se decepcionará más al escuchar esto que yo al descubrirlo.

Leí los tres libros, escogí 23 poemas y traduje dos de estos especímenes, que por fuerza perdieron algo en el proceso; obviamente, esta pérdida sólo puede valorarse considerando qué es lo que pueden perder, y he de decir que su *coeficiente de empeoramiento* me parece muy limitado, incluso ahí donde es más poético y menos ripioso.

Esto no significa que sea imposible que Ringelnatz pueda interesar a un traductor o al público inglés. De cualquier forma, me considero incapaz de opinar al respecto; la reacción del pequeño o del gran público me parece cada vez más enigmática y, lo que es peor, más insignificante. No puedo desprenderme de una cuestión ingenua, al menos en lo que toca a la literatura: una cosa vale o no vale la pena. Si de ganar dinero se trata, hagámoslo en otro lado.

Seguramente Ringelnatz fue muy interesante como ser humano, pero como poeta parecía compartir la opinión de Goethe: *Mejor escribir DE NADA que no escribir nada*. Sin embargo, quizá él mismo habría aceptado que el traductor se sintiera indigno de convertirse en un supremo Cacaoethe.

Me gustaría, si es que le interesa, explicarle mejor mi repudio al frenesí poético de Ringelnatz. Por el momento, no quiero abusar de usted. Supongo que las oraciones fúnebres le gustan tan poco como a mí. También podría mostrarle los poemas escogidos y enviarle las traducciones provisionales.

Siempre es un placer recibir carta suya. De ser posible, escíbame con frecuencia, profusamente. ¿Considera indispensable que yo haga lo mismo en inglés? ¿Se aburre tanto al leer esta carta alemana como yo al escribir una en inglés? Sería una lástima que pensara que tenemos una suerte de contrato que soy incapaz de cumplir. Se solicita respuesta.

Escribir un inglés oficial me resulta en verdad cada vez más difícil, más falto de sentido. Veo mi idioma, cada vez más, como un velo que hay que rasgar para tener acceso a las cosas (o a la nada) que hay detrás. Gramática y estilo. Tan obsoletos como un traje de baño de la época Biedermeier o un "caballero impasible". Un antifaz. Ojalá llegue el momento (y a ciertos círculos ya

llegó, gracias a Dios) en que el lenguaje predilecto sea el que peor se use. Si no podemos suprimir el lenguaje, tampoco podemos perder la oportunidad de saber de qué sirve desacreditarlo. ¡Cavar un agujero tras otro, hasta que se empiece a vislumbrar lo que hay detrás, sea algo o nada!; no concibo tarea más elevada para el escritor contemporáneo.

¿O deberá la literatura retomar esa senda abandonada hace mucho, la añeja corrupción de música y pintura? ¿Hay en el artificio de la palabra algo sagrado, paralizante, que no se da en los materiales de las demás artes? ¿Hay una razón que impida romper la terrible y tiránica materialidad de la superficie semántica—como las enormes pausas negras que tragan la superficie sonora en la séptima sinfonía de Beethoven—, de tal suerte que en páginas enteras no percibamos otra cosa que una vertiginosa e insondable garganta de silencios entrelazada por una cinta de sonidos? Se solicita respuesta.

Sé que hay gente, gente sensible e inteligente, que no extraña el silencio. No puedo evitar la suposición de que tienen mal oído: en el bosque de los símbolos asimbólicos nunca callan los pájaros del sinsentido.

Obviamente, por el momento hay que conformarse con poco. A lo más que se puede llegar en un principio es a idear un método que permita expresar en palabras la irónica condición de las palabras. A través de la disonancia entre medios y ejecución, tal vez lleguemos a percibir un susurro de la Música Final, el silencio de la caída definitiva.

Desde mi punto de vista, los últimos escritos de Joyce no tienen nada que ver con este propósito. En ellos más bien hay una apoteosis de la palabra, a no ser que la

subida al cielo y la caída al infierno sean una y la misma cosa; ¡Qué hermoso sería poder pensar que en verdad es así! Por el momento, con la intención basta.

Tal vez la logorrea de Gertrude Stein se acerque más a lo que tengo en mente. Al menos en su caso el tejido lingüístico se ha vuelto poroso, aunque accidentalmente, por desgracia, es decir, a consecuencia de una técnica semejante a la de Feininger. La pobre dama (¿todavía vive?) sigue enamorada de su instrumento, como un matemático tan atrapado en sus cifras que considera totalmente secundario resolver un problema, pues esto le significa una atroz mortandad de números. La moda de comparar este método con el de Joyce me parece tan inútil como el intento (para mí desconocido) de comparar el nominalismo (en el sentido de los escolásticos) con el realismo. Seguramente en el camino a la muy deseable literatura sin palabras será necesaria una etapa que utilice alguna forma de ironía nominalista. Sin embargo, no basta con que el juego pierda algo de su sacra solemnidad. El juego debe terminar. Imitemos al matemático enloquecido (?) que en cada fase del cálculo usaba una nueva unidad de medida. Un asalto a las palabras en nombre de la belleza.

Mientras tanto no hago nada. Sólo de cuando en cuando tengo, como ahora, el consuelo de atentar involuntariamente contra un lenguaje extranjero, algo que quisiera hacer de manera consciente en mi propio idioma y que —*Deo juvante*— haré.

Con un afectuoso saludo.

Samuel Beckett

¿Debo enviarle los libros de Ringelnatz? ¿Hay una traducción inglesa de Trakl?

